

la union de su sobrina, con Carlos, Duque de Holstein-Gottorp, sobrino tambien, y además presuntivo heredero de la Czarina. Los dos contrayentes, nacidos en la secta luterana, hubieron de renunciar á ella por el dogma griego, y al ingresar en el gremio de aquella cismática Iglesia, tomaron los nombres, ella de *Catalina Alexiowna*, y él de *Pedro Fedorowitch*. — Hízose la boda, mas bajo tristes auspicios: hay quien pretende que no fueron para el esposo las primicias del amor de la desposada; y de todas maneras esta tardó poco en tener por notorio amante á Soltikoff, de quien no nos aventuramos á decir que fuese el primero,

A la muerte de la Emperatriz Isabel, permitió Catalina á su marido Pedro III, que ciñera la imperial diadema, proponiéndose desacreditarlo antes de herirle. A la verdad para conseguirlo bastaba él solo; pero á mayor abundamiento, ¿cómo habia de tardar en caer despeñado cuando las Princesas vendian sus favores á precio de la traicion contra el Emperador, y cuando la Emperatriz misma no escrupulizaba en pagarle adelantado á Gregorio Orloff, el diezmo de su futuro y ya inminente encumbramiento? La tempestad estalló sobre la cabeza del desdichado Pedro III. Catalina de uniforme, y á caballo al frente de las tropas insurrectas, hizo ver á la Rusia que en el matrimonio que ocupaba el trono, ella era el verdadero soberano. — Trabóse la batalla de poder á poder; huyó Pedro en el primer lance; confesóse vencido y pidió misericordia luego á los vencedores: pero Catalina no supo ni quiso perdonar al hombre que no habia sabido enamorarla. Pedro, reducido á prision, fué por Alejo Orloff y por Teploff emponzoñado; mas como el veneno no obrase tan activamente cual se deseaba, Baratinski, en un arrebató de celo por la Emperatriz, ahorcóle con una servilleta. Catalina que hizo noche en Peterhof, la de la catástrofe, no perdió, como se ve, la jornada.

Para anunciarle la muerte de Pedro al vulgo que, si no lo cree siempre todo, tiene las mas veces que contentarse con lo que se le quiere decir, publicóse á son de trompa por todo el imperio, la curiosa proclama que á continuacion copiamos.

« Al séptimo dia de nuestro advenimiento al trono imperial, avisósenos » que el ex-Emperador se hallaba atacado de un violento cólico, como en » tiempos anteriores solia con frecuencia acontecerle. Por tanto, para no

» faltar á la obligacion que nos impone la Religion de Cristo, ni á la santa » ley que nos prescribe conservarle la vida á nuestro prójimo, ordenamos » que se le enviara inmediatamente cuanto pudiese ser conducente á pre- » venir las consecuencias de enfermedad tan peligrosa, y á procurar el in- » mediato alivio de sus padecimientos. Ayer, sin embargo, hemos sabido, » con sincero dolor y gran pesar nuestro, que le plugo al Omnipotente ter- » minar su carrera; hemos en consecuencia dispuesto que su cuerpo sea » depositado en el Ministerio de Newski, y allí tenga sepultura.—Al mis- » mo tiempo exhortamos á todos nuestros fieles súbditos á que den al di- » funto el último adios, olvidando lo pasado, y rogando á Dios por su alma; » así como tambien á ver en el inesperado fallo del Todopoderoso, un » efecto de los inexcrutables designios de su Providencia en cuanto á Nos, » á nuestra corona imperial, y á nuestra cara patria. »

La misma muger que, con tan odioso desenfado, escribia esa *esquela* dando parte á su pueblo y á la posteridad, del por ella asesinado consorte, enterneciase, algunos años después, al recibir el postrer adios de Diderot. Catalina, en verdad, no sabia amar mas que lo grande: pero aunque Pedro III tuvo para ella el crimen de ser un hombre adocenado, no por eso es menos atroz, ni menos infame, la culpa de la adúltera homicida.

Si cabe la grandeza donde la virtud falta, Catalina fué grande como Soberano; y no solo se hizo la continuadora del *gran Pedro*, sino que podria llamársela *su Catalina*, en vista del perseverante afán con que procuró realizar hasta los ensueños de aquel Hércules de la civilizacion moscovita. Así, al poner el viagero la planta en San Petersburgo, lo que mas vivamente le impresiona, lo que mas hondamente le conmueve, es leer en el zócalo del colosal monumento á la memoria del grande hombre erigido, esta inscripción, lacónico resumen de la historia de dos importantísimos reinados:

« A Pedro Primero
» Catalina Segunda. »

El luminoso espíritu de Pedro el Grande ardia, en efecto, en el fecundo seno de la que fué por sus contemporáneos llamada la *Madre de la Patria*; y que, segun el Príncipe de Ligne, llevaba siempre, á manera

de talisman consigo el retrato de su glorioso predecesor modelo, sacándole del seno cuando quiera que algun acontecimiento notable ocurría, y preguntándose á sí misma : « ¿ Qué haría, qué diría, si viviese y aquí estuviera ? »

No aspiraba á menos aquella ambiciosa muger que á coronarse, émula de la remota magestad de Irene, Emperatriz de Oriente, en Constantinopla : pero faltóle tener á mano un Carlo Magno. La imaginacion se pierde en lo inmenso de la gloria posible, si anticipándose á los tiempos floreciera entonces el Carlo Magno de la edad moderna, y el Universo en dos Imperios otra vez dividido, se unificase y pacificara en todos sus ámbitos (1) bajo la generosa influencia de Catalina II y Napoleon I. Si Catalina no subió á tales alturas, abrió por lo menos mas de una via á sus sucesores para que á la cumbre de su ambicion llegaran, designándoles además claramente cuál debia ser el blanco á que dirigiesen sus tiros, y enseñándoles la manera de no perderlos. La toma de Otsakoff y la de Ismail, la division de la Polonia, la táctica diplomática con los Gabinetes de Inglaterra y Francia, la invasion de la Crimea, y todos los actos así políticos como militares de su largo reinado, acercaron indudablemente á la Emperatriz á los puertos del Bósforo, cuya adquisicion tanto recomendara á sus Nietos el guerrero civilizador del Norte.

Ya la hemos llamado Semiramis : pero ¿ no tuvo algo tambien de Cleopatra nuestra Catalina ? ¿ No contrastan, y ventajosamente acaso, con las maravillas de la navegacion por el rio Cidno, los prestigios del romanesco, aunque en el fondo político tambien, viage de Crimea ? — Por la sangre de Ifigenia estaban consagradas las playas que atravesó la imperial comitiva, los Aquiles no faltaban en ella, y por Agamenon llevaron siempre la heróica sombra de Pedro el Grande : mas sobre ese fondo oscuro de las severas amonestaciones de la historia, destacábanse en vivos colores las fantásticas visiones de las Mil y una Noches. — Leamos, para comprenderlo bien, una página del Principe de Ligne, el mas gracioso de los *Tristanes* de la moscovita *Tabla redonda*.

« Durante muchos días (dice) caminamos por interminables desiertos,

(1) Dejamos al autor los goces todos, como la responsabilidad moral de sus fantasías; por nuestra parte no le deseamos *Dueños* sino libertad al Universo. (N. del T.)

» primitivamente habitados por hordas de Tártaros; acampando al fin
» decada jornada en tiendas todas con las armas de S. M. blasonadas, y
» en los cuales hallábamos siempre, amen de opíparos banquetes, todo
» el refinamiento del lujo asiático. A cada ciudad por donde pasó, hizole
» la Emperatriz regalos por valor de cientos de millares de rublos; leguas
» enteras de los campos resplandecian iluminadas artificialmente; cada
» noche teníamos un baile, ó una fiesta de pólvora. Mi oficio, fué,
» durante los dos últimos meses, arrojar dinero á la multitud por la
» ventanilla del coche; y en eso se han invertido por mi mano muchos
» millones ! »

El Duque de Lauzun, entusiasta de Catalina y apasionado de *Maria Antonieta*, quiso inspirar á la Reina por medio de la Emperatriz; y en efecto esta, figurándose que las almas grandes nunca mueren, creyó tambien que podria trasmitir su propio trascendental pensamiento, á la hija de la gran *Maria Teresa*, en aquella época de trasformacion social en que la Providencia, propicia á los pueblos, no habia dejado en todos los tronos mas que sombras de Reyes.

La Reina infeliz de Francia, que estaba por su desdicha predestinada á no ser grande mas que al morir en el cadalso, ó no quiso escuchar, ó no supo comprender, desvanecida con los idilios de Trianon, los sabios consejos del oráculo del Norte.

Catalina, la muger que reinó sobre quinientas cuarenta ciudades ó villas, cuarenta y dos vastas provincias, innumerables islas desde Kamtchatka hasta el Japon, y ochenta millones de esclavos (que esclavos eran realmente); murió sin embargo sola, absolutamente sola, sin que un siervo siquiera la asistiese para sostenerle en su agonía aquella cabeza, en que, aun al helarse sobre la montuoria almohada, bullian ardientes las visiones por Pedro el Grande concebidas, y ante Nicolás al espirar desvanecidas (1) : Constantinopla rusa, y el Mar Negro convertido en un lago mediterráneo moscovita, y solo para el solaz marítimo de algun futuro Patemkin reservado.

Sí, Catalina murió en la soledad : pero al menos sin la intervencion y

(1) Deseamos que así sea : pero en verdad no nos parecen tan definitivos como al autor los resultados de la campaña de Crimea. (N. del T.)

asistencia de los verdugos que ahorcan como á su marido Pedro III, ni de los sicarios que con el puñal asesinan como al Príncipe Ivan en Schlussemburgo.

¿Quién veudrá á hablarnos ya de la infalibilidad, del origen divino de los presentimientos en el corazón humano? Aquel día, el de su muerte, Catalina se levantó alegre; y después de tomar el café, como su amigo Voltaire, había leído un dístico de su general Souwaroff, recién llegado á la corte triunfante y glorioso de la horrible matanza de Ismail, cuando cayó súbito á impulso de un fulminante ataque de apoplejía. Así murió también el Duque de Orleans, Regente de Francia; pero ese tuvo al menos á su lado á Madama de Falaris, su confesor de cámara, mientras que al lado de la Emperatriz no se hallaron ni Valeriano Zouboff, favorito de servicio, ni su médico Rogerson, ni confesor de ninguna especie, que para la ilustre alumna de los enciclopedistas era inútil tal oficio.

Hase dicho que Catalina protegía á los literatos, por amor de su propia gloria, no por amor á las letras; y parécenos no se ha dicho con razón, pues si bien no escribía con la perfección de Madama de Sevigné, por lo menos revélase en cuanto de su pluma ha salido, la cultura del ingenio, y cierto sabor al arte, propio solo de los iniciados en los misterios de las Musas. Sus cuentos, recopilados por Grimm, no son despreciables; y su traducción del Belisario prueba evidentemente que tenía todo el valor literario que se necesita para tan prolija tarea. Si la *Enciclopedia* se viera proscrita, parece indudable que hallara cordial asilo en el palacio imperial, pues con evidencia hubiera Catalina preferido tener cerca de sí á los resueltos obreros de la Filosofía, y calentarse directamente con el calor de su ciencia, que verse como lo estaba limitada á contentarse con el lejano reflejo de las llamas de aquella inmensa fragua de las Revoluciones.

Todo el mundo sabe la exquisita delicadeza con que se condujo al comprarle á Diderot, necesitado, su Biblioteca, para pagarle el precio convenido, y no privarle son embargo de sus libros. Una Emperatriz no podía hacer menos, pero bien pudo no haberlo hecho tan bien como lo hizo.

Hay además otra prueba irrecusable de que la predilección de Catalina recaía realmente sobre la Filosofía misma, mucho más que en los Filósofos; y es la oferta de cien mil francos anuales que le hizo á d'Alembert,

para que fuese ayo y preceptor de su hijo. — Rehusó el ilustre personaje, por *filosofía*, según dijo: pero engañóse lastimosamente, pues lo que como verdadero filósofo debía hacer, era aprovechar la rara ocasión que se le presentaba de inspirar sus doctrinas á un futuro Emperador, y hacer de él tal vez un Marco-Aurelio. Y la correspondencia de Catalina con Voltaire — la famosa correspondencia que la Emperatriz anteponía á todos sus negocios, á todos sus placeres — ¿no es también irrecusable testimonio de su afición á los ejercicios del ingenio? — « Mi *Catalinota* » (Catan), sola decir en sus momentos de buen humor el filósofo de Ferney — « es » amiga de los Filósofos: su marido aparecerá culpable á los ojos de la posteridad! » (1)

Nada le era imposible á la Soberana del Norte: ella, como Napoleon, hizo un código; ella creó Academias y escribió cuentos filosóficos; ella

(1) Como muestra de la correspondencia entre Catalina y Voltaire copiamos á continuación dos cartas; una; la primera, del autor de la Jaira (Zaire) á la Emperatriz; la segunda de la Czarina al filósofo. — Escribía Voltaire: « Día vendrá, Señora, siempre lo digo, en que toda luz nos venga del Norte: por más que V. M. I. se resista, yo la declaro » *Estrella*, y estrella es, y estrella será. Las tinieblas *cimmerienses* (*), limitaránse á España (**) y aun allí acabarán por disiparse. No será V. M. ni cebolla, ni gata, ni becerro de oro, ni buey Apis, porque no pertenece al género de los dioses que se comen, sino á la especie de los que dan de comer á los mortales. Hacedis, Señora, cuanto bien os es posible, dentro y fuera de vuestros dominios; por eso os harán á Vos, en vida, el apotéosis los sabios, y por eso vivireis largos años, lo cual vale más que divinizarse. Si quereis hacer milagros, obrad el de que la Rusia tenga un clima templado siquiera; y en verdad que cuando considero todo lo que V. M. está realizando de prodigios, estoy por creer que por pura malicia solamente no verifica ese cambio que yo le pido interesadamente, lo confieso, pues así que vuestro Imperio baje del grado 60, que próximamente ocupa, aunque no sea más que al 30, tengo pensado solicitar la venia de V. M. para ir á terminar mis días bajo su amparo. Mas donde quiera, Señora, que yo vegete, seré vuestro admirador, mal que os pese. »

La Emperatriz escribía á Voltaire, de este modo.

« ¿No quereis paz, caballero? pues tranquilizaos: nadie habla de tal cosa. Convento con vos en que la paz es una excelente cosa; y cuando la teníamos llegué á creer que era el *non plus ultra* de la bienaventuranza: pero va ya para dos años que estoy en guerra, y veo que á todo nos acostumbramos. En verdad la guerra tiene sus goces, si bien le encuentro el gran defecto de que en ella no es posible ni cumplir con el precepto de amar al prójimo como á sí mismo, ni dejar de infringir el que nos prohíbe hacer daño á nuestros semejantes. Lo último, sobre todo, me repugnaba. Pero consuélome hoy de ello, diciéndole á Mustafá: « Tú lo quisiste, tú te lo ten; » y quedome, hecha esa observación, tan tranquila como antes lo estaba. Si las conquistas nunca me tentaron, los grandes acontecimientos siempre me agradan — no me parece á mí tampoco que el momento de hacer la

(*) CIMMERIOS, que pasan por ser la raíz de los Cimbrios: habitaban cerca del Mar de Azoff (Pallus Meótides), y fueron según parece los primeros ocupantes de la Crimea. (N. del T.)

(**) Voltaire, escribía en el siglo pasado, cuando aun pesaba sobre España el absolutismo por una parte y la Inquisición por otra. Tenía, pues, razón sobrada. (N. del T.)

descubrió ignoradas tierras; y ella puede decirse que edificó provincias. Unas veces replicaba á Volney, el autor de las *Ruinas de Palmira*; otras procuraba consolar al inconsolable d'Alembert, cuando por segunda vez perdía á su amada Mlle. Lespinasse; y en sus momentos perdidos era magníficamente caritativa, reparando, por ejemplo, la arruinada fortuna de Mme. de Epinay de quien solo sabia la Emperatriz alguna agudeza que Grimm delante de ella refiriera. A propósito de la favorecida dama, cuéntase que en cierta ocasion exclamó: — « ¿ Quién ha llevado nunca tan lejos como Catalina el gran arte de los Reyes, que principalmente consiste en saber *tomar* y tambien dar? » Sin duda Mme. d'Épi-

» paz esté muy cercano. — Tiene gracia, pero la del ridiculo, que se trate de persuadir á los Turcos
 » de que no podremos sostener largo tiempo la guerra; y solo la pasión que las ciega, explica que
 » esas gentes se olviden de que Pedro el Grande luchó treinta años seguidos, ya contra los Turcos
 » mismos, ya contra los Suecos, ora con los Polacos y ora con las Persas, sin que por eso sintiera
 » agotadas sus fuerzas. Lejos de ser así, la Rusia al salir de esas guerras se ha encontrado siempre
 » mas floreciente que antes de ellas; la guerra ha sido el principal de los agentes que han iniciado
 » entre nosotros el movimiento industrial; y cada guerra, en fin, dió á luz en el Imperio algun nuevo
 » recurso para dar vida y estímulo á la circulacion y al comercio.—Vuestro proyecto de paz, caba-
 » llero, paréceme muy semejante, en la parte que reservais á vuestra favorita, al reparto que imponia
 » el Leon de la fábula á sus compañeros de caza. No debe excluirse de nuestro tratado á las legiones
 » de Esparta: después hablaremos de los Juegos ístmicos — Dejad hacer al Soldan Aly-Bey, y ya
 » vereis cómo se crece con la toma de Damasco (el 6 de Junio); así vuestra amada Grecia, en vez
 » de limitarse como lo hace á estériles votos, desplegará tanto vigor como el Señor de las Pirámides,
 » que entonces pronto dejará el Teatro de Atenas de ser huerto, y el Liceo tambien de ser cuadra.—Si
 » esta guerra se prolonga, mi jardin Czarsko-Zelo se á convertirse en un juego de Bolos; porque á
 » cada funcion de guerra de alguna importancia hago levantar en él un monumento. La Batalla de
 » Kogul, en que diecisiete mil de mis soldados batieron á ciento cincuenta mil enemigos, ha produ-
 » cido un obelisco cuya inscripcion solo dice el hecho y el nombre del general victorioso; de resultas
 » del combate naval de Tchessmea surgió en cierto gran estanque una columna rostral; perpetuará
 » otra mayor columna la memoria de la ocupacion de Crimea; y otra, en fin, nuestra invasion de la
 » Morea y la toma de Esparta. — Todos esos monumentos están contruidos con mármoles de tan pere-
 » grina belleza, que los Italianos mismos los admiran; y proceden unos de las orillas del Lago de
 » Ladoga, y otros de Catherinemburgo en Siberia. Haylos de casi todos los colores imaginables; y
 » empleámoslos, como veis. — Pero á mayor abundamiento he dispuesto que en un bosque, á espaldas
 » del jardin, se erija un Templo á la *Memoria*, cuyo forzoso ingreso ha de ser un Arco de Triunfo.
 » Todos los hechos importantes de la presente guerra tendrán en ese templo su respectivo *Medallon*,
 » que contenga en concisas frases escritas en nuestro idioma (el Ruso), un recuerdo del suceso, su
 » lugar y fecha, y el nombre de quien le acabara. Un excelente arquitecto Italiano, hoy á mi servicio,
 » se ocupa en trazar el proyectado edificio, que me prometo sea bello, de buen gusto, y que resuma en
 » sí la historia de la guerra pendiente. Complázcome mucho en esta idea, y creo que no ha de pare-
 » ceros inoportuna. Hasta que me persuada de que el pascio que me proponéis por el clásico Esca-
 » mandro, ha de serme mas grato que los que doy por mi bello Neva, habreis de permitirme que al
 » último me atenga. ¡Me son tan gratas sus aguas! — Renuncio tambien á la reedificacion de Troya:
 » tengo por el momento que reedificar aquí todo un Arrabal por un incendio devorado la última pri-
 » mavera... Vuelvo á tomar la pluma para rogaros que os sirvais de las pieles que os envío, contra los
 » aires colados, y el frío de los Alpes — cuando vayais á visitarme á Constantinopla (la Emperatriz se
 » creía ya en Bizancio!) cuidaré de enviaros con la anticipacion conveniente un elegante traje griego,
 » forrado con los mas ricos despojos de las cacerías de Siberia. El traje griego es mucho mas
 » cómodo, y sobre todo mas bello, que los angostos mezquinos vestidos europeos, que ningun
 » escultor se atreve á ponerles á sus estatuas por el justo temor de que aparezcan con ellos
 » ridiculas.»

» nay hablaba así, y tenia razon de hacerlo, despues del beneficio recibido.

Catalina, en resúmen, cometia los crímenes con el mismo desembarazo que ciertas virtudes practicaba; por eso nosotros miramos con cierta indulgencia todas sus culpas, menos la de haber dado asunto y pretexto á un diluvio de *Melodramas*, amen de un torrente de piezas cómicas; y por eso sin duda la llamaba Voltaire Catalina *el Grande*.

Catalina el Grande, en efecto; pues que supo ser mas Emperador que Emperatriz á despecho de los Reyes que hasta el último título intentaron vanamente escatimarle. *Catalina el Grande*; pues si tarde se recogia y con el sol madrugaba, no era ciertamente en beneficio de sus placeres.

Lo que á la noche robo
 Al dia se lo aumento,

Dice de sí el protagonista de cierto poema; de Catalina podrá decir el historiador que lo que á Orloff y á Potemkin les economizaba, dábasele á los intereses de la Rusia, y á la gloria del siglo XVIII.

» — *Bastante hemos charlado*, solia decirle á Diderot; *ahora me toca ir á ganar el pan cotidiano.* »

No puede hacerse mas cabal elogio de un Soberano que decir que ganó siempre su pan cotidiano.

ARSENIO HOUSSAYE.

